

SEMINARIO DE HISTORIA

Dpto. de H^a del Pensamiento y de los Movs. Sociales y Políticos,
Universidad Complutense de Madrid
Fundación José Ortega y Gasset

Curso 2009-2010
Documento de trabajo 2010/3

FORMACIÓN IDENTITARIA Y CONSTRUCCIÓN DE LA CASA FAMILIAR EN LOS SUBURBIOS DE MADRID

INBAL OFER
Universidad Abierta de Israel

SESIÓN: JUEVES, 29 DE ABRIL DE 2010, 19 H.

Lugar: Aula 11
Instituto Universitario José Ortega y Gasset
c/ Fortuny 53, 28010 Madrid

Contacto
seminariodehistoria@gmail.com

Este artículo es parte de un trabajo en preparación acerca de la historia de Orcasitas, población de 2.000 chabolas construidas por inmigrantes durante la década de 1950 entre los suburbios ubicados al sur de Madrid. Carente de electricidad, agua corriente, pavimentos ni centros educacionales o sanitarios, Orcasitas fue uno de los mayores barrios chabolistas surgidos en torno a la capital española durante las últimas tres décadas de la dictadura franquista. Un barrio que la mayoría de cuyos habitantes eran trabajadores no calificados de la construcción, recién llegados desde Castilla-La Mancha y Andalucía.

El barrio, que a ojos de muchos corporizaba la alienación urbana, constituye también la exitosa historia de un conglomerado de chabolas convertido en una zona residencial mediante el mero esfuerzo de sus propios habitantes. Durante más de veinte años los habitantes de Orcasitas lucharon, primero en el contexto de una dictadura en declinación y luego en el de una novel democracia, con el objeto de conseguir la infraestructura adecuada, servicios de salud y educación y el reemplazo de sus chabolas por apartamentos que también les pertenecieran. Este proceso plantea cuestiones numerosas: ¿En que modo había influido la experiencia de sobrevivir colectivamente en Orcasitas la manera en que sus habitantes aprendieran a pensarse como vecinos? ¿Cuales consecuencias tuvo el hecho de haber sentado su marca sobre el terreno sobre las concepciones de sí mismos como residentes legales? ¿Como los llevó el acto de elevar peticiones a las autoridades locales y el Ministerio de Vivienda a negociar y consolidar una visión de sí mismos como ciudadanos por quienes el gobierno de la ciudad y del país eran responsables? ¿Y finalmente, como afectaba la lucha contra la expropiación de sus chabolas la significación dando por los vecinos al concepto de "democracia"?¹

Este artículo examina la primera etapa de este doble proceso de apropiación geográfica y formación identitaria: la lucha de familias inmigrantes por obtener su primer hogar en la capital. Al cubrir la década de 1950, esta sección de mi proyecto parece desafiar la periodización convencional. Sin corresponder ya a la posguerra cubre la primera etapa de la liberalización económica.² Durante esos años, el régimen de Franco, que había consolidado para entonces su control de la población española tras tres años de guerra civil y otros diez de brutal represión política e ideológica,

comenzó a disfrutar de una renovada legitimidad internaiconal.³ El período estuvo caracterizado por disturbios políticos (sobre todo las revueltas universitarias de 1956 y el incipiente restablecimiento de un movimiento laborista opositor) y por niveles cambiantes de represión política. Sin embargo, en el contexto de la vasta literatura sobre el régimen de Franco, la historia de estos años de cambios políticos, sociales y económicos aguarda aún ser escrita.⁴

Mi propósito es explorar algunas de las maneras en que los cambios mencionados influyeron en la ruta migratoria tomada por las personas que decidieron establecerse de Orcasitas, así como el modo en que invistieron de significado a su nuevo espacio vital. ¿Cómo interactuaron las restricciones económicas con nociones socioculturales sobre moralidad, respetabilidad y modernidad, a fin de determinar la estructura y el estilo de las chabolas de Orcasitas? Estos hogares autoestructurados, ¿fueron percibidos de modo diferente por hombres, mujeres, niños y ancianos? ¿Qué continuidades y transformaciones afectaron la noción de “hogar” en el desplazamiento desde y/o entre contextos rurales y urbanos? Mi propuesta es que hombres, mujeres, niños y ancianos, al tiempo que asumieron roles diferentes dentro del proceso migratorio, también poseían nociones distintivas de qué podía considerarse un hogar.

Las fuentes utilizadas para este artículo son variadas. La información demográfica y socioeconómica concerniente a las olas de migrantes que fluyeron hacia el distrito de Villaverde-Madrid (del que es parte el barrio de Orcasitas) está tomada de los censos de 1945 y 1950, realizados por la municipalidad de Villaverde y el Concejo Municipal de Madrid respectivamente.⁵ Información adicional sobre la inmigración a Orcasitas y sobre la estructura de las primeras viviendas improvisadas en el barrio, fue hallada en el Archivo Regional de la Comunidad de Madrid.⁶ Dicha información fue completada mediante una serie de entrevistas que realicé con algunos de los habitantes del barrio, y también mediante una colección de 5.000 fotos que ofrecían una perspectiva visual sobre el exterior y el interior de las chabolas.⁷ Finalmente, utilicé de modo especial un estudio realizado por el sociólogo catalán Miquel Sigúan en 1959, el cual siguió la ruta migratoria de 100 familias desde Andalucía y Castilla-La Mancha a los suburbios meridionales de Madrid en la década de 1950.⁸

Los protagonistas: perfil demográfico y socio-económico de una ola migratoria

En los años inmediatos a la Guerra Civil, el régimen de Franco hizo todo lo posible por impedir casi todas las formas de migración interna. El control de salarios y de pautas de empleo y las restricciones a la movilidad fueron sólo algunas de las herramientas utilizadas por la dictadura con el fin de “sujetar” a los perdedores de la Guerra Civil a las áreas en las que podían ser vigilados. Pero aun antes el colosal fracaso de la Autarquía, la profunda crisis económica que afectó la totalidad de la agricultura española empujó olas de inmigrantes hacia ciudades como Madrid, Barcelona y Bilbao.⁹

En 1950 el distrito de Villaverde al que pertenece Orcasitas ya contenía 101.000 habitantes. Hacia 1965 se había expandido en casi 120.000 habitantes adicionales. En 1950 la población del distrito estaba compuesta por 49% de hombres y 51% de mujeres, porcentaje que sólo se alteraría ligeramente en las dos décadas siguientes. Del total de mujeres de Orcasitas (unas 5.355), 2.747 estaban casadas y 430 eran cabeza de familia. Entre los distintos barrios de Villaverde, Orcasitas poseía el mayor porcentaje de migrantes provenientes de Andalucía, así como el mayor porcentaje de obreros no calificados. Las estadísticas de empleo muestran que sólo 35,5% de la población adulta del distrito estaba empleada (en comparación con un 57% en la ciudad de Madrid), de los que 7,3% eran mujeres. Mientras que en Villaverde los obreros de la construcción llegaban al 19,5% del total de la población empleada (el resto correspondía a los sectores de manufacturas, transportes y servicios, sobre todo el doméstico), en Orcasitas constituían más de la mitad de la población trabajadora. En términos de educación, si bien el 57% de la población general del distrito poseía algún nivel de educación, el 98% no había pasado de la escuela primaria y un 9% era analfabeto.¹⁰ En términos de edad, un censo efectuado en 1950 indica que el 32,7% de la población de Villaverde tenía entre 0 y 14 años; un 64,7% se hallaba en las edades 15-64; y un 2,6% tenía más de 65 años. Orcasitas poseía un porcentaje más elevado de jóvenes menores de 14 (38,5%), así como el mayor porcentaje de matrimonios jóvenes (edades 24-25), con un promedio de 5 hijos por pareja.

Por lo tanto, en términos generales las personas que trata mi estudio eran más jóvenes y menos educadas que sus vecinos en el centro de la capital. La mayoría había llegado a la ciudad con escasa formación profesional y en consecuencia presentaba menores

niveles de empleo y menores salarios. Las mujeres constituían una gran fuerza numérica dentro de la comunidad, y aun cuando presentaban niveles de analfabetismo ligeramente mayores que los hombres, sus estadísticas de empleo eran más elevadas que las de las mujeres en la ciudad de Madrid.¹¹ Con esta información sobre el perfil demográfico y socioeconómico general de los habitantes de Orcasitas en los años cincuenta, dirigiremos nuestra atención al proceso migratorio que los llevó a la ciudad.

El continuo campo-ciudad: el proceso migratorio en contexto de espacio y tiempo

Los barrios improvisados o chabolistas han sido definidos de distintas maneras en todo el mundo. La mayoría de las definiciones combinan en su consideración la apariencia de los barrios y su estatus legal. La ONU, por ejemplo, se refiere a ellos como “ocupaciones no-legales o ilegales de tierras o erección de construcciones por personas de bajos ingresos”.¹² Kemal Karpat, en su estudio de tres de los barrios chabolistas más grandes de Estambul (Grecekondü) señaló acertadamente que los mismos fueron parte de un proceso total de migración rural y urbanización, o bien de modernización –es decir, la transformación cuantitativa y cualitativa del orden económico, social, político y cultural– en naciones del Tercer Mundo.¹³ Según Karpat,

Los asentamientos ilegales, pese a su mala reputación, deben ser considerados parte del proceso de cambio ocupacional y movilidad social, de la demanda, participación y final integración urbano-nacional que está transformando la sociedad rural en gran parte del Tercer Mundo.¹⁴

Como veremos, la perspectiva de Karpat sobre la evolución de los barrios chabolistas y su rol dentro de los procesos generales de modernización e industrialización posee mucha relevancia para el caso español.

La historiadora de la cultura Deborah Parsons, en su libro *A Cultural History of Madrid - Modernism and the Urban Spectacle*, afirma, siguiendo al crítico cultural Jo Labanyi:

Madrid (...) hace vacilar nuestra conceptualización de la modernidad, tanto en su sentido paradigmático en cuanto a época,

progreso y racionalización, como en sus obvias mutaciones (...) La modernidad de Madrid es ambigua, caracterizada por una tardía pero entonces urgente modernización, que se superpuso a la persistencia de elementos culturales y modos de vida tradicionales.¹⁵

Al tiempo que concuerdo con Parsons en cuanto a que la demorada y urgente modernización de Madrid marca un sendero diferente del de ciudades como Londres, Nueva York o Berlín, el mismo tiene mucho en común con otras ciudades mediterráneas como Roma, Nápoles, Atenas, y en cierto grado también Marsella y París. Sin embargo, quiero cuestionar el supuesto de que la superposición en Madrid de componentes culturales y modos de vida modernizados y tradicionales es resultado de un “sendero diferente”. Sugiero, en cambio, que puede tener que ver más bien con la forma en que las personas perciben la modernidad y el cambio.

El proceso migratorio de individuos y familias desde el campo o pequeñas poblaciones rurales hacia Madrid fue resultado parcial del deterioro de las condiciones socioeconómicas. El hambre estaba muy difundida en la España de posguerra civil y los mecanismos establecidos por el régimen para combatirla (principalmente el racionamiento de alimentos mediante cupones de compra y regulación de precios) fueron, en los mejores de los casos, parciales. Sin embargo, varios estudios realizados en los años recientes indican que en las ciudades se podían aprovechar al máximo los escasos beneficios sociales ofrecidos por la dictadura.¹⁶ Servicios como una asistencia médica organizada, tiendas de bajos precios, becas para completar una formación profesional, eran más fáciles de acceder en la ciudad. Además, el aprovisionamiento de alimentos era a menudo más abundante en las ciudades, y su distribución más organizada. Ello se debía a la noción (a menudo errónea) de que en el campo era más fácil tener acceso directo a los alimentos.¹⁷

Sin embargo, testimonios de migrantes recientes en 1959 indican que la mayoría de las familias que inmigraron no pertenecían necesariamente a la parte inferior de la pirámide económica.¹⁸ Las razones para marcharse del campo eran variadas. Algunas familias llegaron a Madrid debido a la enfermedad de uno de sus hijos. Lo habitual en esos casos es que uno de los padres viajaba con el niño enfermo en procura de tratamiento continuado, instalándose en casa de parientes o en un motel. Cuando

encontraban trabajo en la ciudad, toda la familia se reunía con ellos. Un gran número de hombres afirmaron haber conocido por primera vez la capital durante su servicio militar. En Madrid donde aprendieron a leer y escribir y además, como jóvenes solteros alimentados y alojados por el estado, podían utilizar sus pequeños salarios para disfrutar de los cines y bares de la ciudad. La vida urbana, tanto en lo cultural como en lo económico, parecía ofrecer un progreso. Sin embargo, es significativo que ninguno de ellos se quedó en la ciudad tras concluir su servicio militar y todos regresaron a sus aldeas. La mudanza a la ciudad tuvo lugar solamente después de que contrajeran matrimonio.

La mayoría de las familias vio en la mudanza a Madrid una inversión en el futuro de sus hijos. Este “discurso de progreso”, sin embargo, arraigaba a menudo en aspiraciones futuras y no en las experiencias cotidianas de las familias recién llegadas. Los meses iniciales, que en algunos casos se prolongaron a años, fueron a menudo duros. En el campo muchas familias poseían o rentaban viviendas. Mientras que en el campo la mayoría de los niños menores de diez años asistían a la escuela, los recién llegados a la capital tuvieron dificultades para hallar vacantes para sus hijos, especialmente en los barrios meridionales como Orcasitas, donde no existía una escuela pública. Como resultado, cerca de un tercio de los niños que ya poseían algún nivel de educación formal debían ahora permanecer en casa. Pero todo esto no afectaba las percepciones de los padres, para quienes la ciudad era un espacio lleno de nuevas oportunidades. Como afirmó la madre de cuatro niños: “Muchos son que vienen de los pueblos a trabajar a Madrid, pero pocos son los que llegan a situarse. De todas formas el venir a la capital compensa, porque no hay que dudar que se eleva el nivel de vida y la cultura al adquirir nuevas costumbres.”¹⁹

El hecho de que la “neta” dicotomía entre la aldea atrasada, pobre e ignorante, y la ciudad sofisticada, de vida fácil, plena de oportunidades económicas, resultara insostenible ante las experiencias cotidianas de esas personas en Madrid, no necesariamente disminuyó su persistencia. La misma, a mi juicio, tenía dos razones: la mayoría de las personas que entrevisté no habían vivido la Guerra Civil, pese a lo cual la guerra y sus efectos echabas sombra sobre casi todos los aspectos de sus vidas. En la imaginación de muchos, el retorno a la “normalidad” estaba conectado precisamente con las oportunidades educacionales, comerciales y de entretenimiento

ofrecidas por la ciudad. Al tiempo que muchos nuevos migrantes no tenían posibilidad de aprovechar esas ventajas, se aferraban a sus sueños sobre lo que podría lograrse dentro del espacio urbano, como parte de sus esperanzas de dejar atrás la guerra y toda la miseria y la privación. Otra razón se relacionó con la naturaleza del proceso migratorio. Como veremos, muchos de los recién llegados lo hicieron con la ayuda de parientes y conocidos. Una vez en la ciudad, sus propias casas se convirtieron en hogares para otros que llegaban desde el campo. Las redes sociales que facilitaban la inserción de los migrantes en la vida urbana dependían para su existencia en la continua generación de relatos sobre el “éxito en la ciudad”. En semejantes condiciones, y con la gran inversión que había exigido el proceso migratorio, era difícil admitir que la ciudad pudiera no ser todo lo que habían soñado. En cambio, era más fácil seguir idealizando el espacio urbano y creer que sólo el tiempo separaba a los migrantes de una realidad mejor.

La confusa continuidad entre aldea y ciudad fue además reforzada por lazos físicos. De los que poseían algún tipo de propiedad en el campo, un tercio optó por conservarla, aunque a menudo tenían grandes dificultades en pagar por sus nuevas viviendas en la capital. Algunos temían renunciar a la pequeña porción de tierra y escasos animales que los habían sustentado económicamente hasta ese momento. Otros simplemente dejaron su propiedad en manos de familiares, al tiempo que hacían uso de las de otros miembros de la familia que ya residían en la ciudad.

La afiliación aldeana también jugó un importante papel en la decisión sobre dónde establecerse en Madrid. Para mi investigación compilé una base de datos sobre 230 de las 2.000 familias establecidas en Orcasitas entre 1950 y 1971.²⁰ El hecho de que en la misma se registran tanto apartamentos situados en un mismo edificio como casas ubicadas en las mismas calles, permite especular acerca de las razones que trajeron a algunos migrantes al barrio. No cabe duda de que para algunos la decisión de establecerse en Orcasitas fue arbitraria, simplemente debida a que era la última frontera barata y no controlada al borde de la capital. Pero el hecho de que algunas calles y edificios enteros fueran poblados por diferentes familias emparentadas entre sí o procedentes de la misma aldea indica que algunos, al menos, se dirigieron deliberadamente a un barrio en el cual ya tenían conocidos.

La reunión de familias de la misma aldea y a veces de la misma familia extensa refuerza la presencia de la “aldea” en la “vida de la ciudad”. Un sentido modificado de comunidad y parentesco, así como otros elementos de la cultura aldeana (especialmente prácticas culinarias y fiestas regionales) fueron conservados e incorporados a la cultura de la ciudad. Esta así llamada cultura aldeana se mantuvo debido a su utilidad, al proporcionar a los migrantes beneficios prácticos (en la obtención de trabajo y ayuda financiera, en el cuidado de niños, enfermos y ancianos) y un sentimiento de seguridad psicológica.

Además de la relación entre campo y ciudad, otra componente fundamental que afecta proyectos de inmigración interna y externa es el de gestión. La historiadora española Cristina Borderías, en su trabajo sobre mujeres migrantes en el área de Barcelona durante el primer tercio del siglo XX, señala la muy arraigada imagen del proceso migratorio como empresa masculina.²¹ Esta imagen, por supuesto, puede reforzarse o subvertirse, dependiendo de la elección que hace el historiador entre las fuentes de que dispone. Los varones fueron los primeros en hallar empleos pagos en la ciudad y los registrados por su nombre en todos los censos. En la España de los años '50, donde las mujeres no podían realizar operaciones legales de modo independiente, los varones debían firmar el contrato mediante el cual la familia alquilaba un cuarto o adquiría tierras. Sin embargo, pese a la fuerte presencia masculina en la documentación formal, las entrevistas realizadas con familias migrantes describen a menudo una decisiva gestión femenina.

El 20% de las familias entrevistadas por el sociólogo Miquel Sigúan en 1959 admitieron que su primer viaje a Madrid se debió exclusivamente a la insistencia de la esposa. La mayoría de las mujeres se enteraron de las posibilidades en la ciudad de boca de sus propios parientes que habían emigrado antes. Además, una vez adoptada la decisión de trasladarse, más del 80% de las familias viajaban en su totalidad, aun cuando en muchos casos no sabían dónde o cómo hallarían alojamiento. La razón era casi siempre la misma:

“Aurora no le quiso dejar solo [a su marido], ignoraban el problema pavoroso de la vivienda en Madrid.”²²

"Antonio, empujado por su mujer, decidió un día venirse a Madrid, quería emprender el viaje solo para explorar el terreno, pero Teresa,

que conoce muy bien a su marido, no le consintió y decidió venirse con él."²³

"Carmen, que conoce muy bien a su marido, decidió venirse a Madrid con todos los chicos."²⁴

Esta tendencia, reflejada en las entrevistas realizadas por Sigúan, fue confirmada por las mías propias. No cabe duda de que la migración de familias completas se había vuelto más frecuente a finales de los años '50, debido a la relajación de los controles impuestos a la movilidad individual. El régimen, que en ese entonces apoyaba ciertos desplazamientos de población a fin de satisfacer las cambiantes necesidades del mercado de trabajo, prefería que las familias emigrasen en conjunto. Al tiempo que ello creaba muchas presiones sobre los inmigrantes mismos, los varones acompañados de sus esposas e hijos eran percibidos como menos "problemáticos" y menos inclinados a involucrarse en actividades subversivas.

En la tarea de hallar una vivienda las mujeres eran también muy activas. Al igual que los empleos, la vivienda en la ciudad era obtenida a menudo a través de canales informales de información y comunicación. En Orcasitas, ese centro de información se hallaba en la fuente de agua. Juan Ferrés, en su novela *La piqueta*, cuenta la historia de una familia de migrantes andaluces y su vida en Orcasitas en los años '50. En ella el autor refleja la centralidad de la fuente en la vida cotidiana:

La muchacha siguió, con la cántara vacía, hacia la fuente....

Una mujer que estaba en el centro del corro de gente que rodeaba el caño, no paraba de hablar.

–¿Qué pasa? –le preguntaba Maruja a la última.

–No sé. Dicen que van a tirar las chabolas que han hecho las últimas, que no quieren que vengan más gente de los pueblos.

Maruja la miró para ver qué debía contestar. Pensó que la mujer hablaba como las que eran de Madrid. No sabía.

–Mi padre se ha venido aquí para buscar trabajo, en el pueblo sólo se trabaja cuando la recolección, por la aceituna –dijo Maruja.

–Algunos dicen que los de los pueblos habéis llegao a comernos el pan –dijo la mujer. Era alta, huesuda y estaba despeinada.

Maruja calló. Estuvo esperando su turno.²⁵

Para muchas mujeres llegadas a Orcasitas, la fuente ofrecía la oportunidad natural de conocer a un círculo más amplio de vecinas. Aun sin hacer preguntas personales, simplemente escuchando los diferentes acentos, era posible ubicar a los arribados desde las mismas regiones y conocer a otros fuera del propio círculo. La fuente pública también funcionaba como el lugar donde las mujeres se ponían al día sobre las últimas novedades del barrio. En la cola por el agua intercambiaban recetas de cocina, datos sobre los sitios más baratos donde comprar alimentos y ropa, información sobre posibilidades de trabajo para sus maridos e hijos, y también sobre los eventos importantes en la vida del barrio, como los arrestos y redadas. La fuente también funcionaba como pizarra de avisos: allí se encontraba la información sobre un lote vacante para construcción, cuartos en alquiler o una nueva chabola en el mercado.

Pero, en su busca de recursos de vida, las mujeres también se hicieron rápidamente capaces de utilizar los nuevos canales formales de información y ayuda mutua ofrecidos por la ciudad. Cuando se analizan las relaciones de comunidades obreras con los diferentes órganos del régimen, incluidas sus agencias de bienestar social, es importante tener en cuenta que el involucramiento de las mujeres con esas entidades fue a menudo un arma de doble filo. Tras la Guerra Civil, el régimen franquista confió una amplia gama de sus actividades de ayuda social a la Sección Femenina del FET.²⁶ A medida que el régimen se desplazó desde su primera fase, caracterizada por el uso de la fuerza bruta, a una fase de formas más sutiles de control y supervisión, utilizó cada vez más a las instituciones de bienestar social como herramientas de adoctrinamiento “suave”. Los empleados de esas entidades debían iniciar contactos con poblaciones “problemáticas” proveyéndolas de ayuda material (cupones, soluciones de vivienda y trabajo). De ese modo podían obtener información directa sobre sus vidas personales y facilitar su participación en actividades sociales y culturales de carácter ideológico fomentadas por el régimen. Las mujeres inmigrantes pronto entraron en contactos regulares con los servicios sociales. Pasaban gran parte de su día haciendo cola en comedores de beneficencia y ministerios; elevando peticiones, suplicando y halagando a trabajadores sociales y sacerdotes; llenando formularios y sopesando las diversas exigencias que las calificaban para recibir ayuda de una variedad de organizaciones públicas y privadas. Sus habilidades en la manipulación del sistema sin duda obtuvieron beneficios adicionales para sus

familias. Esas habilidades eran transmitidas a las mujeres recién llegadas, en innumerables encuentros como el descrito por Ferrés.

Tanto hombres como mujeres desempeñaron un rol decisivo en el proceso migratorio. Pero el proyecto de erigir un nuevo hogar en la capital era a veces fracturado por necesidades profesionales, económicas y psicológicas opuestas. Para la mayoría de los varones la necesidad acuciante era asegurarse un empleo. Ello los introducía a menudo en un entorno laboral exigente, donde debían probarse a sí mismos en formas que a veces iban más allá de sus capacidades. Aunque el trabajo en el campo era a menudo físicamente exigente e inestable, la mayoría de los varones habían aprendido a hacerlo desde su infancia, trabajando junto a sus padres, hermanos y amigos, todos los cuales compartían las mismas dificultades. La mayoría de las mujeres también trabajaban a la par de sus maridos durante los períodos agrícolas más importantes. En este sentido, en la aldea los ámbitos de la casa y el trabajo no estaban rotundamente separados.

En la ciudad, la mayor parte de las mujeres (de la primera generación de migrantes) se encontraron restringidas a sus hogares, cuidando a los niños que aún no asistían a la escuela, y la ayuda que antes les brindaban en ello sus familias extensas se vio significativamente reducida. Para muchas, el objetivo más apremiante era encontrar una vivienda adecuada. En esas condiciones, les preocupaban menos las presiones psicológicas experimentadas por sus maridos y más la capacidad de éstos de traer a casa un sueldo sumamente necesario. En consecuencia, las largas horas de viaje de ida y vuelta de las fábricas, las distintas pautas de socialización urbana y las diferentes experiencias cotidianas fueron separando en gran medida las vidas de los hombres y las mujeres de la primera generación de migrantes. A veces esta brecha entre marido y mujer se cerraba sólo cuando alcanzaban los 60 años. Al jubilarse, con un ingreso relativamente seguro y sin niños en la casa, muchas de mis entrevistadas hablaban de un renovado compañerismo. Ese compañerismo a menudo se centraba en la posibilidad de disfrutar realmente y por primera vez de los beneficios culturales y educacionales ofrecidos por la ciudad.²⁷

Construir una casa y erigir un hogar: condiciones materiales y valores

En años recientes se ha escrito mucho sobre los debates arquitectónicos desencadenados en toda Europa durante el siglo pasado. Estos debates reflejan la rápida expansión de las ciudades europeas y la creciente responsabilidad del estado en la provisión de soluciones habitacionales, dentro de un espacio urbano limitado, a una variedad de poblaciones de bajos ingresos.²⁸ Sin embargo, pese al creciente interés de profesionales y entidades oficiales, los procesos de urbanización y migración interna derrotaron a la mayoría de los gobiernos europeos. La incapacidad de satisfacer la creciente demanda de vivienda, especialmente entre las clases trabajadoras, se convertiría en uno de los sellos distintivos de la ciudad del siglo XX. En ciudades como Madrid, donde todavía existían terrenos libres y la acelerada urbanización fue respondida con una oferta limitada de viviendas baratas, la construcción ilegal por cuenta propia fue la respuesta para muchas familias migrantes.

A pesar del alcance de este fenómeno (en un censo de 1973 se determinó que 247 hectáreas del área municipal de Madrid estaba ocupadas por *infraviviendas* de construcción propia), el mismo ha recibido escasa atención de los historiadores. Las chabolas eran consideradas construcciones carentes de imaginación y simbolismo interno. Mi opinión es que, aun cuando las chabolas se construían con extremas limitaciones materiales, su conformación interna debía mucho a las nociones de sus habitantes sobre qué podía considerarse “una buena casa”. ¿Cuáles son las implicaciones de este enfoque para entender las etapas iniciales de construcción de las viviendas en Orcasitas? En lo que sigue examinaré tres aspectos relativos al proceso de construcción: la decisión respecto del tipo de vivienda; su construcción y división interna; y el investimento del espacio construido con significados funcionales y culturales. Mediante este análisis espero demostrar la intencionalidad y autoproyección que acompañaron la erección de casas en Orcasitas.

Las familias migrantes solían pasar sus primeros días o semanas en la ciudad en una pensión o, si tenían esa suerte, en casa de parientes o amigos de su misma aldea. Ese período se dedicaba a buscar trabajo y una vivienda permanente. Las opciones planteadas ante las familias eran esencialmente dos: los que querían vivir cerca del centro de Madrid sólo podían por lo general rentar una habitación en un apartamento compartido. Los que querían un apartamento para ellos solos (rentado o comprado)

podían obtenerlo solamente en uno de los suburbios al sur de la ciudad. Cuando se miran las fotos de las chabolas de Orcasitas, construidas con restos de madera y cartón, de piso de adobe y faltos de electricidad y agua corriente, uno se pregunta por qué más del 75% de las familias migrantes prefirieron esta forma de vivienda. Si bien es cierto que las chabolas eran ligeramente más baratas que otras formas habitacionales, la razón no fue primordialmente económica.

Muchas de las familias entrevistadas confesaron que una de sus mayores dificultades al llegar a Madrid tenía que ver con un sentimiento inicial de pérdida de independencia. Mientras que en el campo muchas parejas jóvenes convivían con la familia extensa, esa misma situación en la ciudad era percibida como limitativa y degradante – un fracaso del proyecto migratorio. Poseer una casa independiente, aunque fuera hecha de carbón y adobe, era el signo de una familia funcional y adaptada a la vida de la ciudad.

El primer paso hacia la construcción de una vivienda independiente involucraba la compra de un terreno. El área donde se construyó Orcasitas estuvo originalmente destinado a la agricultura, y por lo tanto su parcelamiento y venta fueron ilegales. Pero durante la primera mitad de la década de 1950 esa ilegalidad no preocupó ni a las autoridades ni a los compradores. Aquéllas, representadas por la Guardia Civil, hicieron la vista gorda a la construcción toda vez que se realizara de noche y acompañada del pago de un sustancial soborno. Y para los recién llegados la distinción entre diversos usos de la tierra no era familiar y no les preocupaba. El historiador y urbanista español José María Mieza nos describe del siguiente modo la venta de tierras dentro y alrededor de Orcasitas:

La venta de parcelas rústicas de no más de 80m², de terreno de secano, que era el primer eslabón del proceso de realización de esas áreas de urbanización marginal, se realizaba con el más absoluto conocimiento general y a la luz pública. En la zona que estaba parcelando, en medio del campo, se situaba con una mesa el vendedor, acompañado de su "agrimensor" y de un "testigo" (...) En muchos casos se realizaban contratos de pago aplazado, en que el incumplimiento de un plazo, aunque fuese el último, revertía la

propiedad al vendedor. También se compraban por contrato a plazos los materiales para la auto-construcción en almacenes próximos que formaban parte de la red. Sólo se dejaba a la responsabilidad del comprador la propia construcción, que se realizaba en general por la noche (etapa de tolerancia) (...) ²⁹

El escaso dinero que quedaba para la construcción y la urgente necesidad de levantar cuatro paredes y un techo antes del amanecer hicieron que las chabolas erigidas alrededor del cinturón sur de Madrid estuvieran hechas en su mayoría de madera y cartón. Los bastos materiales y la construcción apresurada hacían difícil la apertura de puertas y ventanas. Las casas eran frías y mal ventiladas, y la humedad que surgía del piso y penetraba las paredes mal aisladas sólo complicaba el problema. La mayoría de las chabolas carecían de electricidad, y al faltar la luz natural sus habitantes estaban condenados a una continua oscuridad.

Foto 1: Entrada a una casa autoconstruida, Puente de Vallecas ((Asociación de Vecinos del Barrio de Orcasitas, Archivo Fotográfico).

En un estudio realizado en el distrito de Villaverde en 1956, las casas autoconstruidas fueron divididas en dos categorías: 60% de las viviendas eran de madera y cartón; el 39% restante fue clasificado como cuevas, construidas en una colina o ladera de montaña. Hacia 1976 el 12% de las casas carecía aún de servicios sanitarios, baño o ducha. En el 35% de los casos los servicios sanitarios eran compartidos por varias familias. Sólo el 7% de las casas tenían una ducha y un servicio para su uso exclusivo. ³⁰

Pese a las duras condiciones, los planos de construcción de las chabolas erigidas en la década de 1950 muestran una característica común. En Orcasitas, como en los otros barrios chabolistas al sur de Madrid, muchas viviendas estaba divididas en un número sorprendentemente grande de dormitorios. La chabola promedio de Orcasitas comprendía 3 ó 4 dormitorios, con algunas de hasta siete dormitorios. La familia promedio tenía 4 ó 5 hijos, y el 30% incluía algún miembro adicional de la familia extensa (generalmente el hermano o la hermana solteros de uno de los padres). Si bien

el número de miembros puede justificar la necesidad de más de un dormitorio, la decisión de instalar un gran número de los mismos en un espacio relativamente pequeño merece una explicación.

En otro artículo me referí al hecho de que la excesiva cercanía entre las personas y la mezcla caótica de hombres y mujeres de distintas edades eran características de la “penuria” asociada por las autoridades con los derrotados en la Guerra Civil Española.³¹ El apiñamiento espacial fue un indiscutible hecho de la vida en muchos barrios obreros de Madrid. En cambio, los juicios culturales y morales asociados con ello fueron altamente subjetivos. Aunque físicamente alejados del centro histórico de Madrid, los habitantes de los barrios chabolistas compartían muchos de sus valores urbanos y de clase media. La falta de privacidad y de espacio personal, traducida en la vida diaria en la falta de servicios y los baños y dormitorios compartidos, minaban el sentimiento de respetabilidad y aun de humanidad de las personas.³² Muchos de los testimonios que leí comparten el sentimiento de que mantener espacialmente separados a hombres y mujeres de diferentes grupos etarios era una condición previa para el mantenimiento de una familia “moral” y la moral comunitaria. Como resultado, la mayoría de los habitantes de Orcasitas trabajaban aún más duro que sus vecinos de clase media, a fin de crear separaciones espaciales dentro de un ámbito atestado. Una consecuencia, como puede verse en los planos de construcción de las chabolas, fue la creación de varios dormitorios minúsculos en los que ni siquiera cabía una cama, todo con el fin de separar a adultos y niños de diferentes sexos y edades.

Foto 3: Cocina (con una ventana hacia el interior) de una casa autoconstruida, Orcasitas (Asociación de Vecinos del Barrio de Orcasitas, Archivo Fotográfico).

La cantidad relativamente grande de dormitorios apenas si dejaba espacio para la construcción de salas, pero ello tenía poca influencia en la vida social de los habitantes. En Orcasitas, al igual que en el campo, la socialización no tenía lugar dentro de la casa. La cocina, el juego y el cotilleo eran actividades realizadas en las calles sin pavimentar. Solamente en la década de 1970 la erección de grandes edificios de apartamentos y el volumen incrementado del tránsito volvieron complicada la reunión de niños y mujeres en la calle.

Otro cuarto muy infrecuente en las casas de Orcasitas era el servicio o el cuarto de baño. Como ya vimos, el agua corriente era mercancía inusual en el barrio hasta los años '70. Sin embargo, las entrevistas que realicé hasta ahora dejan ver claramente la asociación entre agua corriente, modernidad y ciudad, así como entre atraso, falta de agua y vida rural. Esta asociación era reforzada por encuentros cotidianos fuera del barrio. La mayoría de los niños de Orcasitas asistían a la escuela en la vecina Usera. Ello requería recorrer tres kilómetros de un camino sin pavimentar, paralelo a las muy peligrosas vías ferroviarias que conducían a la capital. Pero los niños no eran admitidos en clase si sus zapatos o sus ropas estaban embarrados. Como resultado, muchos recuerdan haber sido cargados a espaldas de sus madres hasta la escuela para no ensuciarse.

Algunos de los hombres que trabajaban en la ciudad aprovechaban su tiempo para bañarse una vez por semana en uno de los baños públicos que se hallaban en torno al centro de Madrid. Pero para la mayoría un buen baño o ducha era un lujo infrecuente, salvo en ocasiones especiales, como puede entenderse del siguiente testimonio de un hombre de 60 años:

Al casarme me fui a duchar por ahí. Había en el casco de Madrid algunas casas de baño del Ayuntamiento. Lo malo es que formaban colas de hasta tres horas (...) Aquel día yo fui al servicio de los baños (...) cerca del Palacio de Oriente (...) Cinco duros el mejor baño. ¡Qué felicidad, verme allí sumergido en el baño de agua caliente, con espuma! Al volver a casa – “¡Madre, huélame, madre!”³³

Félix López Rey describe el esfuerzo por bañarse en privacidad en un barrio donde el 49% de las chabolas alojaban un promedio de 6-7 personas:

Y la costumbre era (...) las mujeres que trabajaban por aquí se lavaban en sus casas por no estar los maridos ni los hijos. Iban calentando el agua y van lavando partes de tu cuerpo. Los hombres lo que hacíamos es que cuando nuestras hermanas se acostaban, pues como podíamos lavarnos. Y generalmente cuando ya

trabajamos los sábados después de trabajar íbamos a las duchas. Porque en Madrid habían tres sitios para ir a ducharse.³⁴

Foto 4: Bañando a una niña fuera de su casa, Orcasitas (Asociación de Vecinos del Barrio de Orcasitas, Archivo Fotográfico).

La de bañarse era, pues, una de esas acciones cotidianas que ayudaban a definir el lugar de uno dentro de la familia, reflejando en un momento específico del día los niveles apropiados de intimidad física entre diferentes miembros del mismo hogar. Las mujeres sólo podían bañarse en la total privacidad que les era posible en mitad de un día laboral. Los niños podían bañarse en cualquier momento y lugar hasta la edad escolar, cuando ya no dejaban de ser considerados bebés. En ese punto las niñas debían esforzarse para hallar los raros momentos en que no hubiera nadie en la casa, mientras que los varones debían aguardar hasta el anochecer. Al entrar al mercado de trabajo (a los 12-13 años, como promedio), los varones eran considerados ya en una nueva etapa de vida y su infancia quedaba atrás para siempre. Ello les otorgaba el dudoso privilegio de hacer una cola de hasta tres horas los sábados a la noche, a fin de tomar un baño decente.

Mientras que “allá en la aldea” la mayoría de las casas no tenían servicios sanitarios, en Orcasitas, nuevamente, su falta era percibida como degradante. En un sitio donde sus mismas casas podían ser derribadas en cualquier momento por la policía, construir una casilla separada que funcionara como servicio resultaba imposible. En consecuencia, había en la casa un recipiente especial para excrementos. López Rey recuerda los sentimientos de repulsión y humillación que ello le provocaba:

No es fácil explicar lo que supone la falta de agua y de alcantarillas, y por lo tanto, de retrete y evacuatorio. Por las mañanas, al salir de sopetón de la chabola, podías encontrarte algo desviado, pero no muy lejos, a cualquier vecino agachado, haciendo sus necesidades. Mi padre, en cuya habitación dormía, se levantaba a las siete para marchar a trabajar, y yo le oía hacer de cuerpo en el orinal. Se marchaba y allí quedaban sus heces hasta que nos levantábamos nosotros. A mí me daba asco.³⁵

No es casual quizás que, durante una entrevista de ocho horas en la que me relató su infancia en Orcasitas, López Rey se haya detenido una sola vez para reflexionar sobre cómo la lucha por la supervivencia lo había marcado emocionalmente. Es notable que esta pausa en la entrevista no ocurrió cuando me contó sobre un amigo de infancia muerto por un tren mientras caminaba hacia Madrid, o sobre el cura del barrio que acosaba a muchos de los niños de Orcasitas. Sin embargo, al explicar la construcción de su primer “mero” baño a fines de los ’70, cuando ya era padre de tres niños, se quebró: “A mí me marca mi vida y odio esta parte de la burguesía que tuvo todo. Les odio y no lo puedo evitar. Porque yo una época viví que todo el rico es malo y el pobre es bueno.”³⁶

Esos sentimientos de odio y vergüenza no generaron violencia. En cambio, sí crearon una situación en la que robar (primero, materiales de construcción, y más tarde, agua y electricidad) era consentido como parte de una nueva y más igualitaria división de bienes materiales. Esta versión revisada de “lo bueno” y “lo malo” proporciona un perfecto ejemplo de una gestión que enfrenta la privación material mediante las soluciones que puedan encontrarse como sea.

La socióloga Jane Jacobs, en su introducción a una colección titulada *Cities of Difference*, ha escrito:

El atender a la política de la diferencia necesariamente derriba la división tradicional entre visiones de la vida urbana desde perspectivas culturales, políticas y económicas (...) Debe más bien reconocerse que los procesos de representación, significación y realización son componentes fundamentales del modo en que se construyen y articulan las identidades. Estos procesos de definición identitaria se hallan en una relación mutuamente constitutiva con las desiguales condiciones materiales de la vida cotidiana.³⁷

Pero como puede verse esas “condiciones materiales” están profundamente arraigadas en las divisiones espaciales del espacio urbano. El rol del espacio en tanto condicionante de y condicionado por identificaciones personales se hace especialmente visible en los momentos constitutivos de la erección del hogar. El hogar y la casa donde lo establecemos son al mismo tiempo unidades espaciales e imágenes idealizadas. Como tales, es sólo razonable asumir que han de estar investidos de significado y vivenciados de acuerdo con las diferentes identificaciones que nos convierten en lo que somos.

Como hemos visto en el caso de Orcasitas, el proceso de “crear un hogar” comenzó para la mayoría de las familias mucho antes de que adquirieran su primera casa en la ciudad. Si bien las condiciones económicas influyeron en este proceso, no fueron las únicas en hacerlo. Tanto el acto de migración como la construcción de un nuevo hogar estuvieron basados en una serie de nociones referentes a la independencia, la respetabilidad y la modernidad. Estas nociones se basaban desde el comienzo en las experiencias pretéritas en la aldea y la expectativas futuras respecto de la ciudad. Incorporaron valores viejos y nuevos, y mientras todos ellos estaban clasificados dentro de una dicotomía bastante estructurada de exclusiones (tradicional/moderno, atrasado/sofisticado, clase obrera/clase media), en realidad los nuevos hogares en la ciudad estaban sustentados en un poco de todo. Sólo mediante el rastreo tanto de la imagería espacial como de los usos cotidianos de los espacios vividos, podemos obtener una descripción “más densa”. Una descripción que aclarara aspectos distintos del proceso de “hacer casa” en la ciudad - del proceso migratorio y sus consecuencias personales y colectivas.

¹ Sobre este último punto véase: Ofer, I. “La Guerra de Agua: Notions of Morality, Respectability and Community in a Madrid Neighborhood”, *Journal of Urban History*, vol. 35(2), January, 2008, pp. 220-235.

Sobre el “rol” de la identidad y lucha vecinal en Madrid dentro del proceso de la Transición véase: V. Pérez Quintana y P. Sánchez León (eds.), *Memoria ciudadana y movimiento vecinal. Madrid, 1968-2008* (Madrid, 2008).

² Para un estudio sobre las diferentes periodizaciones de la dictadura franquista véase: J. Tusell, *La dictadura de Franco* (Madrid, 1987), pp. 47-64; E. Chuliá, *El poder y la palabra: prensa y poder político en las dictaduras. El régimen de Franco ante la prensa y el periodismo* (Madrid, 2001), pp. 18-20.

³ Tras la Segunda Guerra Mundial, el régimen de Franco, que había apoyado activamente a los poderes del Eje, fue aislado internacionalmente. A comienzos de la década de 1950, siguiendo los realineamientos estimulados por la Guerra Fría, la situación comenzó a cambiar. En 1954 España renovó sus relaciones diplomáticas con los Estados Unidos y un año después fue admitida como miembro de las Naciones Unidas.

⁴ Para mayor información sobre las revueltas universitarias de 1956, véase: M. A. Ruiz Carnicer, *El Sindicato Español Universitario (SEU) 1939-1965* (Madrid, 1996), pp. 245-318. Para temas de política sexual y de género durante los años '50, véase: J. Eslava Galán, *Coitus interruptus. La represión sexual y sus heroicos alivios en la España franquista* (Barcelona, 1997), pp. 232-293; P. M. Egea Bruno, "Moralidad, orden público y prostitución. Cartagena 1939-1956", en J. M. Santacreu Soler (coord.), *Las transiciones políticas. II Jornadas Internacionales sobre historia contemporánea y nuevas fuentes* (Alicante, 1998), pp. 161-173.

⁵ El análisis más elaborado de estas fuentes se encuentra en J. A. Fernández Gómez, *Buscando el pan del trabajo. Sobre la industrialización franquista y sus costes sociales: Villaverde (Madrid) 1940-1965* (Madrid 2004).

⁶ Archivo Regional de la Comunidad de Madrid, Fondo Comunidad de Madrid IUIMA. Consejería de Obras Públicas, Urbanismo y Transporte, Institutos Antecesoras 1939-1984. El archivo contiene información detallada sobre el proceso de expropiación emprendido por la municipalidad de Madrid contra los habitantes de Orcasitas en 1971. Los legajos de expropiación me proporcionaron información sobre 230 de las 1.500 casas de Orcasitas en esa época. Estas estadísticas y planos de construcción arrojan luz sobre el origen de las familias inmigrantes, el proceso de apropiación de los terrenos, el método de construcción y la forma de las primeras chabolas.

⁷ Las fotos fueron recolectadas entre los vecinos y fechadas por la Asociación del Barrio de Orcasitas a fines de los años '90.

⁸ M. Sigúan, *Del campo al suburbio. Un estudio sobre la inmigración interior en España* (Madrid, 1959). Miquel Sigúan fue secretario general de la Federación Nacional de Estudiantes Catalanes bajo la Segunda República. Durante la Guerra Civil se enlistó como soldado en la anarquista Columna de Hierro. Más tarde estudió Psicología Industrial en la London School of Economics. En 1965 se convirtió en profesor de Psicología en la Universidad de Barcelona, y posteriormente dirigió su Facultad de Psicología. *Del campo al suburbio* fue un estudio encargado por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas en 1958. Aun cuando evita toda crítica respecto de las políticas oficiales que provocaron la migración interna hacia Madrid y de las dificultades enfrentadas por los migrantes, igualmente proporciona valiosa información sobre las motivaciones y condiciones de vida de los mismos.

⁹ En la década pasada tuvo lugar cierto debate entre los historiadores, sobre si el hambre y el desempleo agudos de los años de posguerra fueron resultado de una política intencional o bien de una profunda crisis a la que el régimen no fue capaz de responder. Para la primera de ambas posturas, véase: M. Richards, *A Time of Silence: Civil War and the Culture of Repression in Franco's Spain (1933-1945)* (Cambridge, 1998). Para la segunda, véase C. Molinero y P. Ysás, "El malestar popular por las condiciones de vida. ¿Un problema político para el régimen franquista?", *Ayer* 52 (2003), pp. 255-280.

Sobre la emigración de los años 40, véase:

¹⁰ *Censo de la Población de España* (Madrid, 1950), Tomo II (Villaverde).

¹¹ Es difícil ubicar información estadística sobre el empleo de mujeres durante esos años, ya que la mayoría trabajaba en forma irregular o en el servicio doméstico. Para un análisis parcial del trabajo femenino en los años de la posguerra véase: C. Borderías, *Entre líneas: trabajo e identidad femenina en la España contemporánea. La compañía telefónica 1924-1980* (Barcelona, 1993); E. Barraquero Texeira y L. Prieto Borrego, *Así sobrevivimos al hambre: estrategias de supervivencia de las mujeres en la posguerra española* (Málaga, 2003), pp. 253-276. Para la década de 1960, véase: J. Babiano, "Mujeres, trabajo y militancia laboral bajo el Franquismo", en J. Babiano (coord.), *Del hogar a la huelga. Trabajo, género y movimiento obrero durante el Franquismo* (Madrid, 2007), pp. 25-76; J. A. Pérez Pérez, "Trabajo doméstico y economías sumergidas en el Gran Bilbao a lo largo del desarrollismo", en *ibíd.*, pp. 77-138.

¹² K. H. Karpat, *The Gecekondü: Rural Migration and Urbanization* (Cambridge, 1976), p. 15.

¹³ Karpat, *The Gecekondü*, p. 1.

¹⁴ *Ibíd.*, p. 3

¹⁵ D. Parsons, *A Cultural History of Madrid – Modernism and the Urban Spectacle* (Oxford, 2003), p. 5.

¹⁶ Para más información sobre el sistema de racionamiento de comida y el mercado negro, véase: M. González Portilla y J. M. Grmenda, *La posguerra en el País Vasco: política, acumulación, miseria* (Donostia, 1988); R. Moreno Fonseret, *La autorquía en Alicante (1939-1952). Escasez de recursos y acumulación de beneficios* (Alicante, 1994); J. Martí Gómez, *La España del estraperlo (1936-1952)* (Barcelona, 1995).

¹⁷ Luis López Fernández, por ejemplo, señala el hecho de que en el caso de Orense la distribución de alimentos en la capital era semanal, mientras que en el campo era mensual en el mejor de los casos.

Véase: L. López Fernández, "La población de Orense ante el suministro oficial de alimentos durante el año 1944", en L. Martínez Risco y R. Soutelo, *Autarquía e contraband na sociedade de posguerra* (Orense, 1999).

¹⁸ Rosario Caleno Grillo destacó el mismo fenómeno en su análisis de la ruta emprendida por migrantes desde Extremadura hasta el área de Barcelona durante los años '60. Véase: R. Calero Grillo, "El rescate del olvido. La memoria personal de un emigrante extremeño en Cornellá de Llobregat, Barcelona", *Scripta Nova* 94-1 (agosto 2001).

¹⁹ Sigúan, *Del campo al suburbio*, p. 92.

²⁰ La base de datos incluye información tomada de los legajos del Ministerio de Vivienda, sobre propiedades destinadas a la expropiación entre 1955 y 1989. Véase IUIMA, Signaturas 68510-68542.

²¹ C. Borderías, "Emigración y trayectorias sociales femeninas", *Historia Social* 17 (otoño 1993), pp. 75-94.

²² Sigúan, *Del campo al suburbio*, p. 181.

²³ *Ibid.*, p. 119.

²⁴ *Ibid.*, p. 100.

²⁵ J. Ferrés, *La piqueta* (Madrid, 1996), p. 26.

²⁶ El Estado español no mantuvo un sistema regular de bienestar social antes de la II República Española (1931-1936). Bajo la República, las políticas de implementación de ayuda social dirigida hacia diferentes poblaciones (hasta entonces, por sociedades filantrópicas privadas) fue tomada a su cargo por el gobierno. Para información general sobre la Sección Femenina de la FET véase: M.T. Gallego Méndez, *Mujer, Falange y Franquismo* (Madrid, 1983); A. Jarne, *La Sección Femenina a Lleida* (Lleida, 1991); I. Blasco Herranz, *Armas femeninas para la contrarrevolución* (Málaga, 1999); J.M. Palomares Ibáñez, *La Guerra Civil en la ciudad de Valladolid – Entusiasmo y represión en la "Capital del Alzamiento"* (Valladolid, 2001), pp. 91-100; I. Ofer, *Señoritas in Blue: The Making of a Female Political Elite in Franco's Spain. The National Leadership of the Sección Femenina de la FET* (Sussex, 2009). Para información concerniente a las políticas sociales del régimen y su implementación por la Sección Femenina y las organizaciones católicas de beneficencia, véase: A. Cenarro, "Beneficencia y asistencia social en la España franquista: el Auxilio Social y las políticas del régimen", en Mir, Agustí y Gelonch, *Pobreza, migración, delincuencia*, pp. 93-111; F. Montero, "Asistencia social, catolicismo y franquismo: la actuación de Acción Católica en la posguerra", en *ibid.*, pp. 113-137.

²⁷ Muchos de mis entrevistados participan ahora de clases de educación de adultos, de cursos de pintura, de eventos de cine y música, etc.

²⁸ Véase, por ejemplo: C. Sambricio, *Madrid, vivienda y urbanismo: 1900-1960* (Madrid, 2004). Para la experiencia francesa, véase: N. C. Rudolph, "Who Should Be the Author of a Dwelling?: Architects versus Housewives in 1950s France", en *Homes and Homecomings Colloquium* (Nottingham, 2008).

²⁹ J. Montes Mieza, M. Paredes Grosso y A. Villanueva Paredes, "Los asentamientos chabolistas en Madrid", en *Ciudad y Territorio. Revista de ciencia urbana* 2-3 (Madrid, 1976), p. 161.

³⁰ *Ibid.*, p. 172.

³¹ I. Ofer, "A City of a Thousand Identities: Vencidos y Vencedores en el Madrid de la Post-Guerra (1939-1945)", ponencia presentada en el III Woodrow Borah International Colloquium: "Rethinking the Spanish Civil War", Universidad de Tel Aviv, Tel Aviv, 2007. Para referencias adicionales sobre el modo en que la miseria material era utilizada por el régimen tanto como instrumento de represión cuanto para clasificar a los perdedores de la Guerra Civil como socialmente depravados, véase C. Mir y C. Agustí, "Delincuencia patrimonial y justicia penal: una incursión en la marginación social de posguerra (1939-1951)", en Mir, Agustí y Gelonch, *Pobreza, migración, delincuencia*, pp. 69-92.

³² I. Ofer, "La Guerra de Agua: Notions of Morality, Respectability and Community in a Madrid Neighborhood", *Journal of Urban History* 35-2, pp. 220-235.

³³ *Del Barro al Barrio*, Asociación de Vecinos de la Meseta de Orcasitas (Madrid, 1986), p. 86.

³⁴ Entrevista de la autora (Madrid, 9 de octubre de 2006).

³⁵ *Ibid.*

³⁶ *Ibid.*

³⁷ J. Jacobs, "Introduction", en Ruth Fincher & Jane Jacobs (coords.), *Cities of Difference* (Nueva York, 1998), p. 3.